

Sensibilidades creyentes y movimiento ecuménico durante el proceso democrático de los últimos 40 años en Argentina

NÉSTOR O. MÍGUEZ - PASTOR DE LA IGLESIA METODISTA

No podemos empezar, si entramos en el plano religioso, aislando a la Argentina de lo que está ocurriendo a nivel global. Estos finales del siglo 20 y principios del siglo 21 han traído algunas modificaciones significativas. En el plano de la sensibilidad y de la organización de los hechos religiosos a nivel mundial, en nuestro continente latinoamericano y en Argentina particularmente. Especialmente a partir de la década de 1970, cuando todavía estábamos en tiempo de las dictaduras, en nuestro continente empezó a notarse fuertemente la presencia de misiones norteamericanas de una orientación conservadora en el plano de la religión, especialmente de los grupos llamados evangélicos, como una distinción dentro de la gran familia de los evangélicos. Grupo que se manifiesta principalmente por posiciones conservadoras, fundamentalistas, literalistas en el campo de la exégesis bíblica, y con una gran inversión de dinero. Quienes me acompañan en edad recordarán la cantidad de programas televisivos, las campañas con predicadores y artistas que venían a

hacer sus shows y de esa manera congregar gente.

Y eso tuvo su resultado, probablemente no tan extenso como hubieran querido sus organizadores. Hubo un crecimiento significativo de las iglesias que adhirieron a ese programa. Tanto es así que se modificaron en una forma apreciable los números en las estadísticas de asignación religiosa. Podría decir que hasta la década del '70 el catolicismo cubría próximamente el 90% o más de la población, según los censos. Hoy tenemos una muestra estadística de una investigación del Conicet. En números gruesos ese estudio nos dice que en Argentina aproximadamente un 70% se sigue considerando católico, si bien con muy poca adscripción a la vida institucional de la Iglesia católica. Y aproximadamente más de un 25% responde a otras pertenencias religiosas o ninguna. De ellos un 10% manifiesta una posición agnóstica o atea, lo cual significa que un 90% mayormente sigue suscribiendo alguna forma de religiosidad. Los evangélicos, tomando el conjunto de todas las variantes, estarían en el

orden del 15 al 16%. Lo que significa cerca de 7 millones. En los últimos tiempos ha disminuido el crecimiento de estas iglesias y se ha modificado el modo en el cual se ha dado su organización y desarrollo. Luego aparecen el judaísmo y el islam.

Pero también hay que señalar un reverdecimiento de las cosmovisiones ancestrales en el caso de los pueblos originarios. Se han recuperado muchos cultos ancestrales. Lo vemos con los ritos de la Pachamama, de los Guillatún en el sur, haciendo visible lo que antes estaba más oculto. En algunos casos, siguen bautizando a sus niños en la iglesia católica, especialmente en el noroeste; en otros se vinculan a iglesias evangélicas, especialmente pentecostales; pero siempre su creencia de base está afirmada en la religiosidad ancestral debidamente sincretizada.

Pero no hay que pensarlo solamente en el marco de lo que ocurre en Argentina. Estos datos son más impactantes cuando vamos a Brasil o a Chile. Allí es aún más significativo el crecimiento de los grupos de los llamados nuevos movimientos religiosos, con variantes propias en Brasil, con el crecimiento de los cultos afroamericanos. Y también su incidencia en el plano político. Algo similar se puede decir en Bolivia, con la reinstalación de la cosmovisión ancestral, con un lugar público mucho más destacado. También se ve el crecimiento de las iglesias evangélicas pentecostales y los cultos ancestrales en África, por ejemplo. El análisis de las razones y motivos a nivel global de

estos datos, que seguramente tienen que ver con hegemonías imperiales por un lado y formas de resistencia por el otro, va más allá de lo que podemos aportar en esta breve exposición.

Cambios en las sensibilidades religiosas

Sin entrar entonces en mucho detalle, podemos decir que lo que llamamos sensibilidades religiosas, la sensibilidad creyente, ha variado en su forma y adscripción. Pero además se destaca el hecho de que ha variado la relación con la institución. Por un lado, hay un crecimiento de la sensibilidad religiosa, modificando la teoría de una creciente secularización cultural, que sostenía que la religión iba a ir desapareciendo con el desarrollo de la ciencia y el liberalismo democrático. Esto no se ha dado, pero sí se ha dado el hecho de que las nuevas formas de la religiosidad cada vez tienen menos vínculo con las formas institucionales. Basta ver en nuestro país la disminución de la cantidad de casamientos por iglesia, especialmente en los medios urbanos, o la creciente desproporción entre la estadística de nacimientos y la estadística de bautismos. Esto está mostrando que, si bien sigue habiendo una sensibilidad espiritual e incluso se manifiestan nuevos fenómenos religiosos, por otro lado, esos fenómenos están cada vez menos vinculados con espacios institucionales, o por lo menos con los espacios institucionales tradicionales y más formales. Esto es muy diferente de lo que encontramos antes del advenimiento de la

Sensibilidades creyentes y movimiento ecuménico

democracia, y ha creado un nuevo público al que se dirigen las consignas políticas. De manera que se puede decir que se han producido algunas modificaciones en el modo en que se ha organizado religiosamente la población de nuestro país.

Ecumenismo y diálogo interreligioso: consensos en el testimonio

Esto va a tener consecuencias también en el modo en que se organiza el ecumenismo. El diálogo en torno de la unidad de la Iglesia fue el objeto del ecumenismo, especialmente después del Concilio Vaticano II y hasta la década de 1980. El tema de la unidad de las iglesias pronto encontró un techo. Se necesitarían hacer muchos cambios en todas las iglesias a nivel de su estructura, a nivel de su jerarquía y a nivel de su doctrina, que ninguna de las iglesias involucradas en los diálogos ecuménicos está dispuesta a hacer. Y si bien persisten las mesas y comisiones de diálogo, nunca logran pasar de lindas expresiones de buena voluntad.

Por otro lado, aparece otra variante: el diálogo interreligioso, que no estaba tan fuertemente establecido y que aparece mucho más fuerte a partir de finales de la década del '80. Y en nuestra América el diálogo interreligioso debe tomar como punto de inicio las religiones ancestrales, las cosmovisiones ancestrales, porque todas iglesias y todas nuestras formas doctrinales, más allá de las purezas que queremos asignarle, están transidas por elementos sincréticos. Entonces el diálogo interreligioso,

que también tiene un techo bajo cuando se lo plantea desde el punto de vista institucional, para ser valioso y productivo tendría que partir de analizar como los elementos de las religiones ancestrales han estado marcando las distintas expresiones religiosas cuando han llegado y se han asentado en nuestro continente. Este sería un muy buen tema de investigación ecuménica; algo se ha hecho, pero mucho queda por hacer.

Entonces, más que un diálogo interreligioso o un diálogo ecuménico a nivel institucional, lo que podemos proponer es qué se va desarrollando en términos de consensos. Ecuménico sería entonces el consenso en el testimonio. Los consensos en torno de ciertas temáticas que pasan a ser ejes del diálogo ecuménico posible y de la posible acción ecuménica.

En el conjunto de esas problemáticas ocupa un lugar destacado lo ecológico. Porque ecuménico significa 'el mundo habitado', la 'casa común'. Y si no se hace algo pronto vamos a tener un mundo deshabitado, por lo menos deshabitado por los seres humanos como lo conocemos actualmente. El diálogo en torno de la ecología no solamente es un diálogo entre cristianos o interreligioso: tiene que ser un diálogo con el total de la humanidad, porque somos todos los que estamos involucrados en la subsistencia de la vida humana en el planeta. De manera que ahí habría que hablar de un ecumenismo que mire la totalidad de las distintas fuerzas espirituales y políticas, que hoy pueblan nuestro mundo y en el cual tienen deci-



siva influencia.

Y esto me lleva al otro elemento que aparece muy fuerte también, que es el tema económico. Porque el diálogo ecológico no está separado de la presencia de fuerzas económicas. Y aquí cabe señalar algunos *elementos consensuales*. Se puede hacer una comparación del documento ‘Juntos por la vida’, emanado del Consejo Mundial de Iglesias con las últimas encíclicas papales de Francisco. Veremos grandes niveles de coincidencia, especialmente en el ámbito de lo económico, al condenar la idolatría del dinero, el absolutismo del mercado. Junto a estos documentos mayores hay también una serie de otras declaraciones que entran en el mismo tema. Hay documentos de grupos ‘evangelicales’ y ortodoxos con una crítica al mercado neoliberal. Hay un consenso también entre sectores de distintas fuerzas religiosas, por ejemplo, ciertos sectores del islam y ciertos sectores del judaísmo. Una confluencia ante la inevitable confrontación con otro espacio religioso, porque finalmente el neoliberalismo se comporta como una religión.

Esta idolatría del mercado tiene consecuencias sociales muy claras y aquí aparece otro de los posibles consensos ecuménicos sobre los que hay que trabajar: la situación social, laboral. El Papa Francisco lo ha expresado claramente en el lema de las 3 T: techo, tierra, trabajo. En torno de esas 3 T es necesario construir consensos ecuménicos. Porque efectivamente todo el

mundo laboral está en crisis: la robótica y una serie de otros elementos lo están transformando completamente. Vemos, por un lado, intentos de flexibilización laboral para hacer el trabajo más explotable. Por otro lado, intento de reducir la jornada para que haya una mayor distribución de los puestos laborales. Cada vez se va haciendo mayor la distancia entre los puestos laborales de alta remuneración y los puestos laborales de baja remuneración, la distancia entre el trabajo formal y el informal. De manera que en ese sentido el tema del trabajo, el tema de la distribución de la tierra, el tema del acceso a la vivienda, la salud y la alimentación son temas centrales en donde el consenso ecuménico tiene que poder contribuir a aportar a problemáticas que son comunes para toda la humanidad.

Ecumenismo de los gestos

Cabe señalar también el tema del ecumenismo de los gestos. Ante la dificultad de avanzar en las cuestiones doctrinales aparece la posibilidad de ciertos gestos, visitas, reconocimientos, encuentros públicos, dándole al lenguaje simbólico una mayor significación. Estos gestos mantienen abierta la hermandad ecuménica. No crean unidad en los términos que tradicionalmente lo pensábamos, pero sí crea cierta gestualidad de lo ecuménico.

Pero hay otro ecumenismo, según un estudioso jesuita, Antonio Spadaro, junto al periodista evangélico Marcelo Figueroa.¹ Lo llaman el ecumenismo

¹ Entre otros escritos, cfr. “Teología de la prosperidad. El peligro de un «evangelio diferente»,”

Sensibilidades creyentes y movimiento ecuménico

del odio. Son otros consensos, porque quienes aparecían como enemigos acérrimos, el catolicismo integrista y los evangélicos fundamentalistas, de repente actúan conjuntamente frente a ciertas cuestiones, especialmente en la idea de condenar cuestiones de género, cuestiones vinculadas con los derechos reproductivos, o la discriminación al islam. Se ponen de acuerdo en apoyar una serie de leyes represivas y condenatorias. Ahí sí borran sus diferencias. No podemos ignorar su significación en términos de la democracia, pues ese consenso represivo tiene fuertes concomitancias políticas.

La ambigüedad de la religiosidad popular

Finalmente debo señalar la ambigüedad de la religiosidad popular que es otro de los elementos que aparecen con mucha fuerza en este tiempo de la posmodernidad. Tanto la católica como esa forma de religiosidad popular evangélica que son los movimientos pentecostales y mal llamados neopentecostales. El resurgimiento de ciertas religiosidades y espiritualidades populares, autóctonas o autónomas, toma más importancia. Se van renovando, algunas surgen, otras declinan, se intercambian, pero siempre están presentes. En algunos casos la religiosidad popular aparece como una reivindicación de las luchas obreras. Pero en otros es usada justamente como válvula de escape de tensiones sociales. Esa ambigüedad en la religiosidad po-

pular puede verse en una fuerte participación religiosa en los movimientos sociales. Hay que ver cuántos comedores sostenidos por estas expresiones, que son conservadoras en cuestiones referidas a la sexualidad. El encasillamiento de los movimientos populares y de la religiosidad popular en una sola forma ignora la complejidad de estos movimientos. Porque esta sensibilidad religiosa se mueve a partir de una indignación ética frente al sufrimiento, y yo creo que ese es el elemento que más tenemos que destacar como un elemento que hoy hace a la participación de los sectores religiosos populares en el movimiento democrático. ¿Cómo recuperar esa sensibilidad y esa indignación ética frente al sufrimiento de los más humildes? Nuestra tarea es transformarlo en un espacio de construcción ecuménica, democrática.